

LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO
DEL CASTILLO EMBRUJADO

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo

sm

Primera edición: abril de 2015

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 2015
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2015
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





1

Me llamo Francisco García Casas y en estos momentos llevo puesta una falda verde de cuadros a juego con los calcetines.

Es sábado por la mañana.

Estoy en mitad de un prado.

Y hace muchísimo frío. Un viento que te hiela las piernas.

Es la primera vez en mi vida que llevo falda.

Noto el aire helado en mis piernas.

Me concentro.

Resoplo.

Me agacho un poco y agarro con las dos manos un enorme tronco de madera.

Pongo las manos justo debajo de la base del tronco, como me han enseñado.

El tronco es más alto que yo.

Lo miro fijamente.

Entonces escucho gritos detrás de mí.

Son mis compañeros.

Y mis rivales.

Los clanes.

Y sus entrenadores.

También algunos familiares.

Cada clan tiene sus propias banderas.

Y absolutamente todos llevamos falda.

Las niñas y los niños y los mayores también. Todos.

Faldas de cuadros de distintos colores.

¿Por qué?

Por muchas razones.

Pero la más importante:

Porque estamos en Escocia.

Justo al lado del lago MacLeod.

Muy cerca del castillo MacLeod.

En medio del condado MacLeod.

Se escuchan gritos en muchos idiomas diferentes.

Todos están pendientes de mí.

Yo levanto el tronco un poco más.

Me cuesta mucho, la verdad.

Ya estoy casi listo para lanzar el tronco.

Miro al juez, que es muy alto y tiene el pelo y la barba rojos.

Igual que nuestro entrenador Morley.

En Escocia hay muchos pelirrojos.

Tomo aire. A continuación miro a mis compañeros de reojo.

Allí están Helena con hache, Toni, Camuñas, Marilyn, Tomeo,

Anita, Ocho, Angustias... y Greta.

¡Los Futbolísimos al completo!

Observándome.

Me pregunto por qué tengo que ser yo el que tire el último tronco.

Los dos que han tirado antes de mí, Camuñas y Toni, han sido un desastre.

Yo no soy ni el más alto ni mucho menos el más fuerte de mi equipo, y sin embargo me ha tocado hacer el último lanzamiento, el definitivo. El más importante.

El lanzamiento de tronco es una competición muy sencilla: consiste en coger un tronco y lanzarlo lo más lejos posible.

Eso es todo.

Aquí en Escocia, por lo visto es un deporte que les gusta mucho.

Yo, desde luego, prefiero el fútbol.

—¡Vamos, Pakete! —grita Helena.

—Come on! —dice Greta.

Helena con hache tiene los ojos más grandes que yo he visto nunca.

Greta es pelirroja, y cuando te mira parece que sabe lo que estás pensando, y además tiene el récord de toques seguidos con balón de mi colegio, y por si eso fuera poco es escocesa.

A mí no me gusta Greta, ni Helena, ni ninguna chica del mundo. Quiero que eso quede claro desde el principio para que luego no haya confusiones.

Lo voy a repetir, por si acaso: no me gusta ninguna chica.

Ya está dicho.

Después que nadie diga que no he avisado.



Ahora sí me concentro en el tronco.

Lo más probable es que se me caiga al suelo y me haga daño en un pie y luego no pueda jugar al fútbol.

Pero tengo que subirlo todo lo que pueda y lanzarlo.

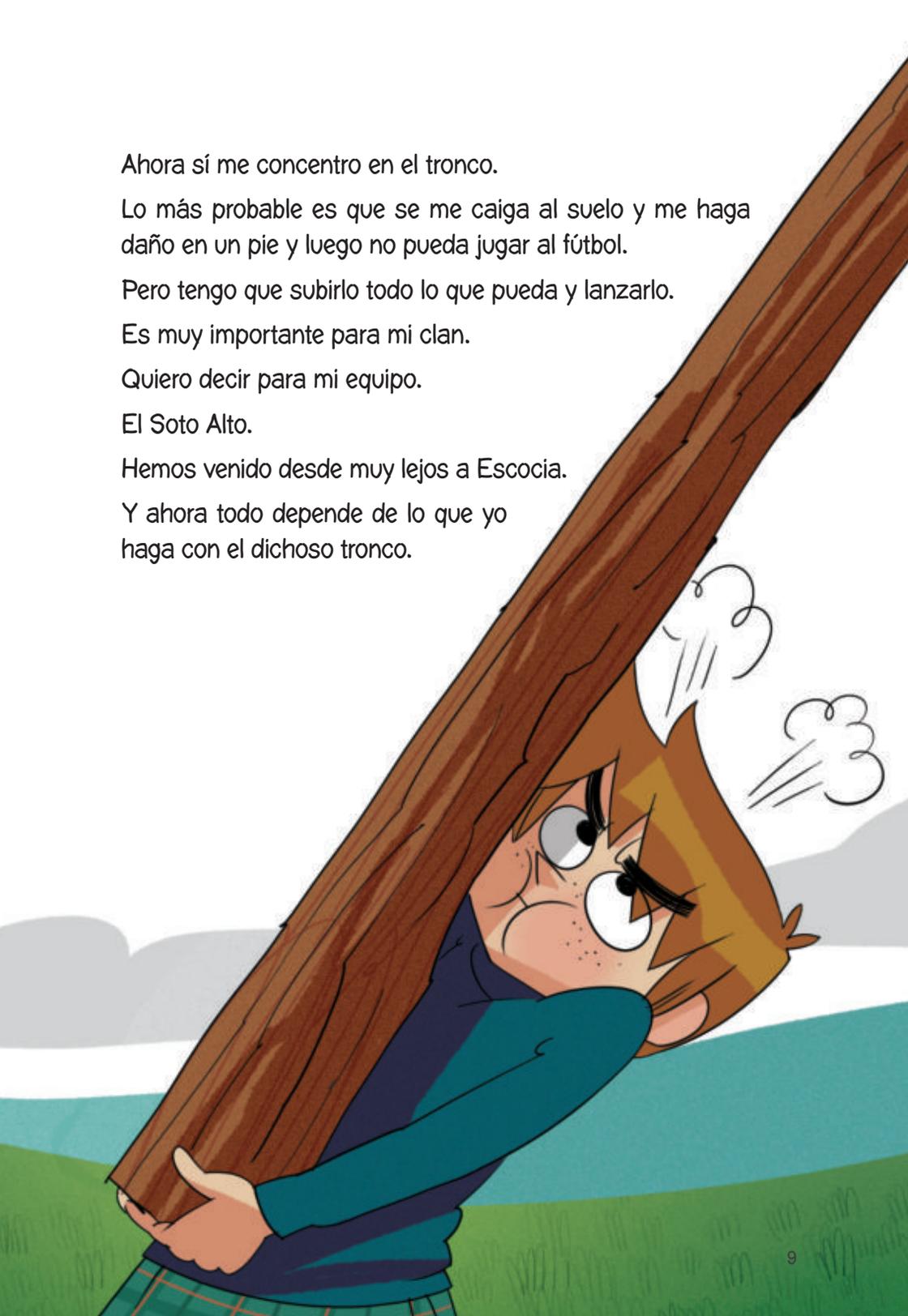
Es muy importante para mi clan.

Quiero decir para mi equipo.

El Soto Alto.

Hemos venido desde muy lejos a Escocia.

Y ahora todo depende de lo que yo haga con el dichoso tronco.



Tengo que lanzarlo muy lejos.

Tengo que lanzarlo con mucha fuerza.

Si fallo, el Soto Alto quedará eliminado del torneo.

El torneo más importante del mundo.

El Torneo de los Seis Clanes.

Cruzo una mirada con el entrenador Morley, que lleva unos días muy raro. Desde que llegamos a su tierra.

Justo detrás de él se pueden ver las torres del castillo Mac Leod.

En ese castillo han ocurrido cosas muy raras en los últimos días.

Cosas increíbles, que no tienen ninguna explicación.

Pero no puedo pensar en eso ahora.

En este momento, tengo que lanzar el tronco, y ya está.

Me digo: «Pakete, no puedes fallar».

Los gritos de los clanes van en aumento.

Todo el mundo aplaude y grita, y yo intento concentrarme.

¿Cómo me dijeron que llegaba más lejos?

¿Tirándolo de lado?

¿Hacia atrás?

Morley me hace gestos con los brazos, pidiéndome que lo tire de abajo arriba, y de espaldas.

Los del clan MacLeod gritan, y se ríen al verme levantar el tronco.

Al fondo hay una banda de gaitas tocando.

Los escoceses se toman este torneo muy en serio.

El juez sopla el cuerno.

Tengo que lanzar ya.

Me concentro.

Cojo carrerilla.

Cierro los ojos.

Y lanzo el tronco con todas mis fuerzas.





Mientras bajábamos las escaleras del avión, nos encontramos con una banda de gaiteros, que estaban allí para recibirnos.

Y una pancarta enorme:

WELCOME SOTO ALTO

Soto Alto es como se llama mi colegio, y también como se llama el equipo de fútbol donde yo juego.

Durante un mes nos llamamos Deportes Moncayo, porque el colegio se quedó sin dinero para deportes ni para fútbol ni para casi nada, y tuvieron que aceptar un patrocinio de una tienda del pueblo. Pero, por suerte, ahora el equipo se llama otra vez Soto Alto, que es como nos hemos llamado siempre, y que a mí me suena mucho mejor.

Normalmente yo paso las vacaciones de Semana Santa en mi pueblo.

Y algunas veces vamos a esquiar.

Pero este año, ni una cosa ni la otra.

Este año íbamos a pasar la Semana Santa en Escocia.

Participando en un torneo muy importante.

–El torneo más importante del mundo –decía nuestro entrenador Morley a todas horas.

En la misma pista de aterrizaje, un poco más arriba, había otra pancarta aún más grande:

THE SIX CLANS INTERNATIONAL TOURNAMENT

O sea:

Torneo Internacional de los Seis Clanes.

El estruendo que hacían las gaitas era enorme.

El primero en bajar las escaleras fue nuestro entrenador Morley, que parecía ansioso por llegar a su país.

Nada más llegar a la pista, se agachó y besó el suelo.

Después miró al cielo, se puso muy serio y dijo gritando:

–They may take our lives but they'll never take our freedom!

Las gaitas parecieron contestarle y empezaron a sonar más fuerte aún.

Yo tenía a Greta a mi lado, que me dijo:

–Es una frase de *Braveheart*, la película.

–Ah –dije yo–, ¿y qué significa?

–Era el grito de guerra de William Wallace, el héroe escocés, y significa... –empezó a decir Greta.

Pero Toni le interrumpió.

Y dijo:

–«Pueden quitarnos la vida, pero jamás nos quitarán la libertad».

Greta miró a Toni con admiración.

–He visto la película más de diez veces –dijo él.

–No sabía que te gustara tanto –dijo ella.

–Me encanta *Braveheart* –dijo Toni haciéndose el interesante–, y me encanta todo lo que tiene que ver con Escocia.

–Sí, seguro, ahora resulta que eres un especialista en Escocia –dijo Helena.

A ver si me explico:

Toni es el que más goles mete del equipo.

Además es un chulito.

Y siempre va de listo.

Además de hacer bromas que no tienen gracia, una de sus aficiones favoritas es empujar a todo el mundo.

Greta es la hija del entrenador Morley, y aunque es de Escocia, habla español casi perfecto.

Y Helena es... Bueno, Helena con hache es una de las mejores jugadoras del equipo y una de las más guapas del colegio y, a lo mejor, de todo el mundo.

Toni no sabía qué contestar a Helena.

Así que me dio un empujón a mí y dijo:

–Aparta de las escaleras, que siempre estás en medio.

Casi me caigo del golpe, pero me agarré a la barandilla de las escaleras y me mantuve de pie por muy poco.

Mientras le veía bajar por las escaleras del avión con su aire de chulito, miré a Greta y Helena, que las tenía a mi lado.

Dije lo primero que me vino a la cabeza:

–Toni, podrás quitarnos la vida, pero jamás nos quitarás la libertad.

Entre las gaitas y el ruido de los otros aviones, Toni no me escuchó.

Pero Greta y Helena sí, y las dos se rieron.

Allí estábamos.

En el aeropuerto de Inverness, Escocia.

Camuñas, Anita, Marilyn, Tomeo, Angustias, Helena, Ocho, Toni, Greta y yo teníamos un pacto secreto.

El pacto de los Futbolísimos.

Como ya he dicho antes, me llamo Francisco.

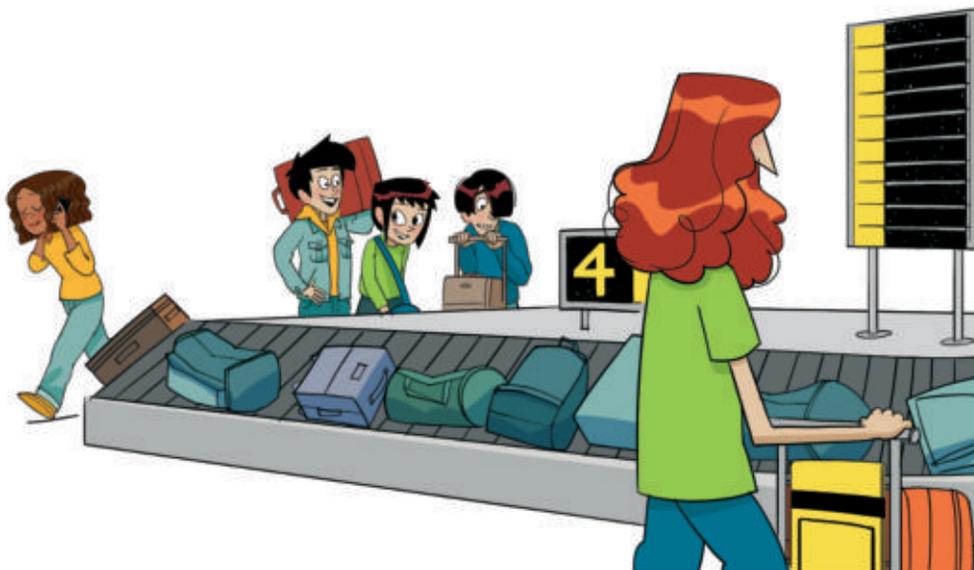
Algunos me llaman Paco, o Paquito.

Aunque la mayoría me llaman Pakete.

Habíamos venido a Escocia a jugar un torneo durante la Semana Santa.

El Torneo Internacional de los Seis Clanes.

Nos habían invitado gracias a nuestro entrenador, que es muy famoso y que ha entrenado equipos de fútbol infantil por todo el mundo.



Además de Morley, nos acompañaban dos adultos más:

Esteban, que es el director del colegio.

Y Marimar, la madre de Helena, en representación de las madres y padres de alumnos.

Mi madre también había querido venir, pero tenía muchas cosas que hacer y además ya no pagaban el viaje a más personas, así que se quedó en el pueblo con mi padre y mi hermano.

Cuando nos despedimos en el aeropuerto me dijo:

–Pórtate bien y lávate los dientes y come verdura... Supongo que los escoceses comerán verduras, ¿no?

–No lo sé, mamá.

–Pues esas cosas hay que saberlas –dijo mi madre–. Ay, mi niño, que se va en avión muy lejos... Te voy a echar mucho de menos, cariño.



Después me abrazó muy fuerte delante de todos y yo me puse un poco rojo y cerré los ojos para no ver las risas y los gestos del resto del equipo.

–Ah, y mete muchos goles a los escoceses esos –me dijo, aún sin soltarme.

–Mamá, que no es un torneo de fútbol, ya te lo he explicado un millón de veces –respondí.

–Pero vamos a ver, vosotros sois un equipo de fútbol. Entonces, ¿qué hacéis en un torneo que no es de fútbol? –preguntó ella–. Es que no lo entiendo, Francisco, últimamente no entiendo muchas cosas; o sea, que te vas a Escocia con el equipo de fútbol a jugar un torneo que no es de fútbol, y encima no sabemos si allí comen verduras... De verdad que no sé, no sé, no sé...

Por fin me soltó.

Y se fue a por el entrenador Morley.

–Entrenador –dijo mi madre–, ¿se puede saber en qué consiste el torneo ese que van a jugar los niños?

Morley, que iba en camiseta como siempre, se tocó la barba, se rio y dijo:

–Torneo Internacional de los Seis Clanes es torneo internacional de... todo.

–¿Pero cómo de todo?

–De todo –repitió él.

Y se rio otra vez.



3



Después del recibimiento con las gaitas y las pancartas, por fin salimos del aeropuerto.

Una furgoneta nos recogió y nos llevó por una carretera que atravesaba un bosque.

A través de la ventanilla de la furgoneta, también se podía ver un lago enorme.

–Lago MacLeod –dijo Morley señalando.

–Es muy bonito y muy azul el lago –dijo Marimar, la madre de Helena–. En España no tenemos lagos así, tan... grandes y tan azules y tan todo, madre mía, qué bonito es todo aquí en Escocia. ¿El lago MacLeod se llama?

Marimar era igual que Helena con hache, pero en mayor.

Tenía los mismos ojos.

El mismo color de pelo.

La misma forma de mover las manos.

La única diferencia era que Marimar no paraba de hablar.

Parecía que le hubieran dado cuerda.

–Siempre he querido venir a Escocia, se lo tengo dicho a Helena. ¿Verdad que te lo he dicho un montón de veces? –siguió–. Y ahora, aquí estamos, qué fuerte me parece, de verdad, qué ilusión todo...

–Nos va a dar el viaje –dijo Camuñas, que estaba sentado en la furgoneta a mi lado.

–¡Mira, mira, un castillo! –dijo Tomeo señalando él también por la ventanilla.

Al otro lado del lago, se podía ver ahora un enorme castillo con grandes almenas.

–Castillo MacLeod –dijo Morley sin inmutarse.

–Helena, ¿lo has visto? –dijo su madre–. Es maravilloso, parece un castillo de cuento, tan grande y tan bonito y tan todo. Ay, qué suerte tenemos, hija. ¿Te has fijado o no te has fijado, Helena?

–Pero cómo no me voy a fijar, mamá –respondió Helena, que también parecía un poco cansada de su madre.

El director del colegio, Esteban, se levantó y se puso en mitad del pasillo mientras la furgoneta seguía avanzando por la carretera.

–Chicos, esta es una oportunidad histórica para el Soto Alto –dijo–. Espero que sepáis aprovecharla. Vamos a estar una semana con equipos de todo el mundo. Y además, y esta es una sorpresa que os teníamos guardada, vamos a dormir en el castillo MacLeod.

–¡Toma ya! –dijo Tomeo.

–¿Toda la semana en el castillo? –preguntó Anita.

–¿Los demás equipos también, o solo nosotros? –preguntó Ocho.

–No será un castillo con fantasmas y esas cosas, ¿verdad?

–preguntó Angustias.

Cuando escuchamos esta última pregunta, todos nos reímos y le hicimos burla.

Pero Morley, desde su sitio, dijo:

–En Escocia, todos castillos tienen fantasma. Eso sabe cualquiera.

Por un momento nos quedamos callados.

–Qué hombre –dijo Esteban–, siempre bromeando.

–No broma –dijo Morley.

Marimar parecía que iba a decir algo, pero la furgoneta se detuvo de un frenazo y Esteban salió disparado y se cayó encima del entrenador.

–Perdón –dijo Esteban.

–Uuuuuuuuuuh –dijo Morley, y se rio.

El entrenador Morley siempre se reía de todo, pero aquello del castillo y del fantasma yo creo que no nos hizo ninguna gracia.

–Welcome, pequeños y pequeñas –dijo una voz.

El conductor de la furgoneta se había levantado y nos miraba desde la parte delantera.

–Mi nombre ser Igor –dijo–, aunque podéis llamarme también I. Mucha gente llama así: «I». Hablo cinco idiomas y voy a ser conductor vuestro y guía también. Hemos llegado. Abajo.

Igor abrió la puerta de la furgoneta.

Igor era muy bajito y andaba encorvado, como si tuviera chepa. Iba vestido de negro, y daba un poco de miedo.

–Abajo he dicho –repitió.

Y todos bajamos de la furgoneta.



Estábamos en medio de un prado enorme.

–Qué aire tan fresco, qué bueno, qué bien, de verdad –dijo Marimar respirando a pleno pulmón–. En España no tenemos este aire, se nota que es diferente, que es un aire más puro, como si dijéramos.

–¿No se calla nunca? –preguntó Marilyn en voz baja.

–No –respondió Helena.

Desde el maletero, Igor se dedicó a bajar nuestras maletas y mochilas. Las tiraba al suelo sin mucho cuidado, la verdad.

–¿Quiere que le ayudemos, buen hombre? –dijo Marimar–. No es necesario que haga usted todo el trabajo. Venga, chicos y chicas, vamos a ayudar a I. ¡Me encanta llamarle !! ¿De verdad



puedo llamarle l? Ja, ja, ja, ja, ja, ja, qué gracioso. Vamos, en marcha: todos a ayudar al señor l.

Pero antes de que pudiéramos hacer nada, Igor ya había bajado, o más bien tirado, todas nuestras cosas al suelo.

–Good afternoon, buenas tardes –dijo.

A continuación, se subió a la furgoneta y salió de allí pisando rueda, como si tuviera mucha prisa.

Nos quedamos totalmente solos en medio de aquel prado enorme.

No se veía a nadie por allí.

Menudo recibimiento.

–¿Alguien ha traído la merienda? –preguntó Tomeo.

Apenas había terminado de hacer la pregunta, se escuchó un sonido tremendo y la tierra empezó a moverse.

Era un ruido que venía de todas partes.

Miramos a nuestro alrededor.

Y de pronto pudimos verlo:

Un grupo de jinetes a caballo salió del bosque y cabalgaban hacia donde nos encontrábamos nosotros.

Eran unos caballos enormes. Todos de color negro. Debían ser más de treinta.

–Los MacLeod –dijo Greta.

–¿Alguien más está muerto de miedo, o solo yo? –preguntó Angustias mirando los caballos negros que galopaban hacia nosotros.

La verdad es que era espectacular verlos galopar.

El suelo temblaba más según se acercaban.

Cuando los tuvimos casi encima, se detuvieron.

Y nos miraron como si fuéramos unos invasores o algo así.

Todos iban vestidos con faldas y con unos calcetines que les llegaban casi hasta las rodillas. La mayoría también llevaban boina y una especie de chaquetas de color rojo oscuro.

El jinete que iba al frente del grupo era un hombre muy gordo que tenía una gran barba de color rojo.

Morley dio un paso al frente y dijo:

–Jordan MacLeod, go to hell.

El caballo relinchó.

Greta, que se había convertido en nuestra particular traductora, dijo:

–Jordan MacLeod, vete al infierno.

El jinete levantó la mano y, señalándole con el dedo índice, contestó:

–Adam Morley, I hope a giant tree crushes your ugly face.

Greta tradujo rápidamente:

–Adam Morley, que un árbol gigante aplaste tu fea cara.

La tensión se podía cortar.

¿Se iban a pelear?

¿Iban a seguir insultándose?

Entonces, Marimar levantó la mano y dijo:

-Buenas tardes, señores jinetes con falda. Son ustedes los MacLeod, ¿verdad? Perdonen que interrumpa sus cosas escocesas y todas esas costumbres tan bonitas, pero si no es molestia, aquí los niños han hecho un viaje muy largo y tienen que descansar, darse un baño y comer algo. ¿Creen ustedes que es posible?

